

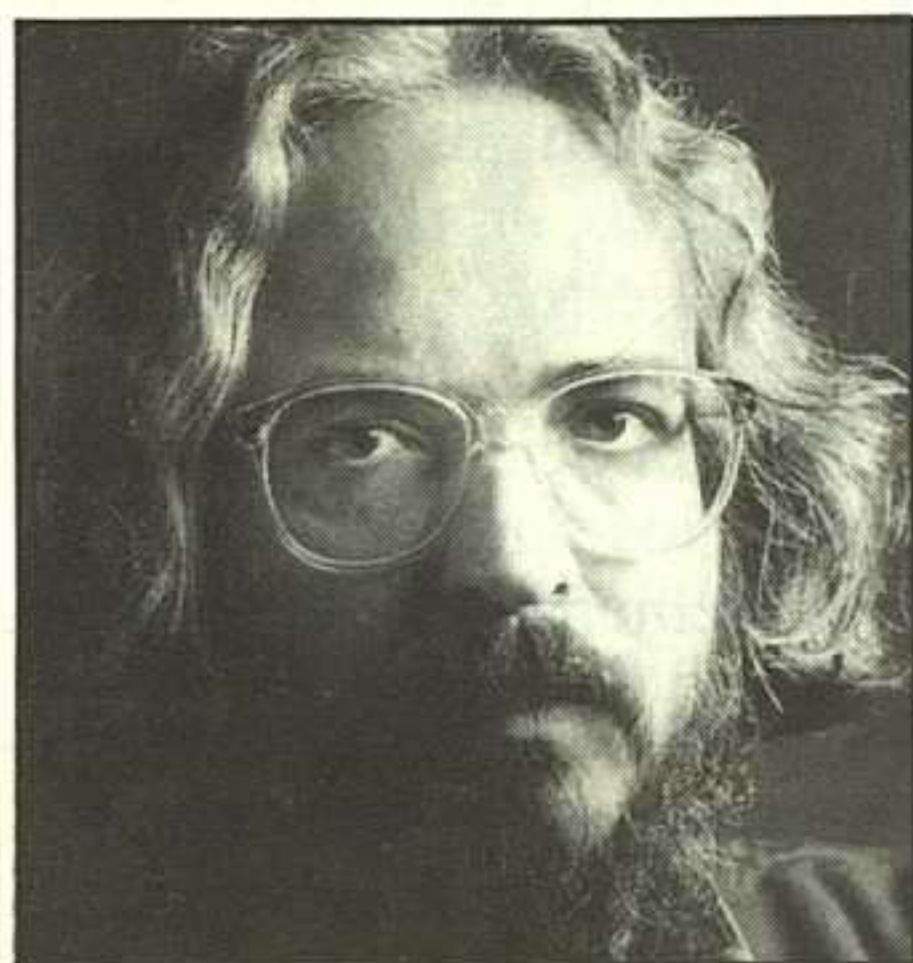
BRADBURY

Retorno al barroco-fantástico de Bradbury

por Joan Manuel Gisbert



Ray Bradbury.



Joan Manuel Gisbert.

La feria de las tinieblas

Por fortuna para la mayoría de nosotros, sólo unos pocos seres, como Ireneo Funes, el *Memorioso*, criatura de Borges, poseen una memoria implacablemente exhaustiva, incapaz de aliviar en el olvido ni el más mínimo detalle o registro.

La nuestra, por contra, es frágil,

parceladora, esfera de lagunas, fluctuante y, además, violable. Podemos convertirnos nosotros mismos en sus asaltantes furtivos, incluso sin darnos cuenta. Lo hacemos con mucha frecuencia. Sólo algunas de las cámaras de nuestros recuerdos conservan intacto, o casi, lo que en ellas se alojó. Otras muchas sufren nuestra propia

intromisión, nuestros manejos de falsificadores inconscientes, una y otra vez, y lo que se guarda en su interior varía y se adapta a nuestras pulsiones y deseos perdiendo su fidedigna entidad inicial. Más tarde, cuando creemos recordar, nos estamos ofreciendo los resultados del inadvertido fraude. Hemos equivocado a la memoria, la hemos obligado a reelaborar parte de lo que contuvo para que nos lo devuelva equivocado, diferente, muy diferente acaso, como si fuésemos dioscecillos desterrados que se complacen en contradecir la inmutabilidad del pasado.

Pero también es cierto que no todos los hechos e impresiones de la memoria sufren esa metamorfosis invisible y lenta. Los hay que tienen tal fuerza, insidia o claridad que, en su fijación, son inatacables. Permanecen, en esencia, idénticos a sí mismos; centellean siempre en su inmediatez, y se diría que se graban más profundamente con el correr del tiempo gracias a su resistencia a ser modificados.

Otros se protegen de un modo más sutil bajo la espesura del olvido, simulando disolverse en él hacia la nada. Pero no siempre es verdad, no todos los contenidos de la memoria se dejan relegar para no volver jamás. Lo que hacen algunos, muchos, es alejarse de los planos de nuestra actividad mental consciente para no reaparecer hasta que factores coadyuvantes ven-

BRADBURY

gan a rescatarlos. Su retorno es, en ocasiones, como una súbita revelación de algo que nos hubiese sido escamoteado. Otras veces, como el lento y ensañado regreso de un fragmento del pasado. Y vuelven aceptablemente intactos porque durante el lapso de olvido han estado fuera del alcance de nuestra acción modificadora.

En una relectura, y mayormente en la relectura de una obra que nos causó especial impresión tiempo atrás, se constatan como en pocas ocasiones los diversos modos y cauces de la memoria al verse ésta ayudada por una nueva visita al texto. La relectura es una muy particular modalidad del revivir o recordar debido a su singularidad entre las diversas formas de la experiencia personal.

Como ha sido ampliamente analizado, el lector de literatura efectúa una actividad estética que supone un complejo proceso de *descripción* y recreación del texto —que es, por naturaleza, un sistema de hechos y vacíos, de presencias y ausencias— que el lector tiende a configurar y completar, y también una suma de indicadores referenciales que quien lee interpreta en función de sus propios horizontes de referencia. Estos le permiten *reconocerse* en mayor o menor grado en las sugerencias y acontecimientos de la acción. Su actividad imaginativa está, por lo tanto, implicada. Y la memoria reacciona de un modo muy peculiar cuando retoma una experiencia pasada en la que intervinieron a la vez lo objetivo y lo imaginario.

Y, además, la relectura introduce una nueva complejidad que hace aún más interesante la operación de recordar: quien relee, aun siendo la misma persona, es un lector distinto al que efectuó la primera lectura. El paso del tiempo lo ha transformado. Más maduro como individuo y como receptor del lenguaje, sus posibilidades de reelaboración y reconocimiento son más amplias. Sus gustos y preferencias pueden haberse afianzado o ser

diferentes, pero tendrán siempre un distinto grado. Y todo ello sin olvidar que el hecho de abordar una relectura ya lo sitúa, de entrada, en una actitud distinta a cuando se lee algo por primera vez.

No se trata, pues, de la repetición de un experimento bajo similares condiciones, sino de un nuevo proceso en el que lo único que permanece igual, en su estricta materialidad —si se trata de la misma versión o traducción—, es el texto. Todos los contrastes y descubrimientos, por tanto, son posibles.

Ray Bradbury, quince años después

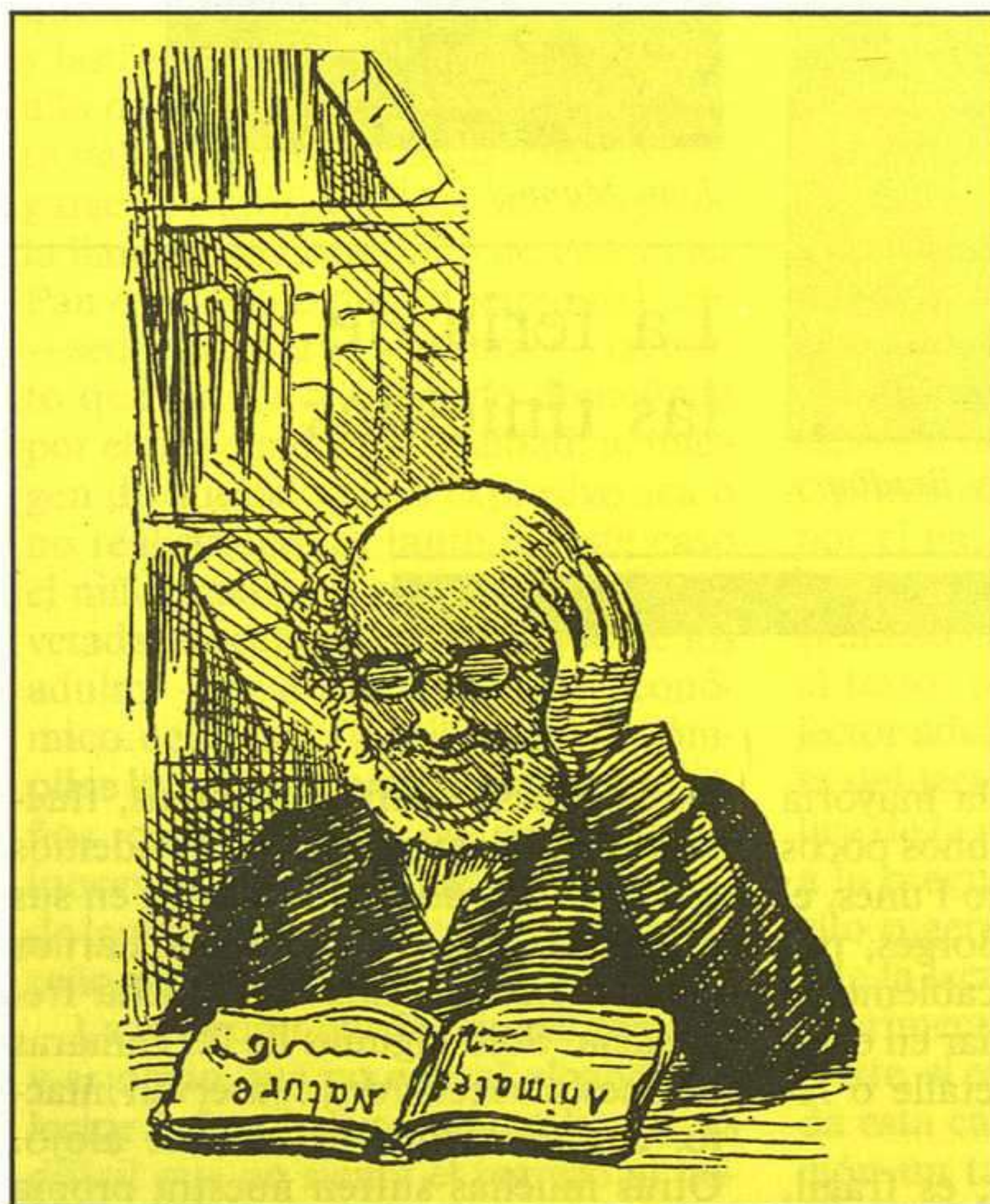
Something wicked this way comes, de Ray Bradbury (*La feria de las tinieblas* en la edición hasta hoy disponible en castellano, en traducción de Joaquín Valdivieso, publicada por Ediciones Minotauro, Buenos Aires, 1974) es una obra de culto, o casi, entre algunos de los autores norteamericanos que bebieron en ella, como

Stephen King, Peter Straub o Dean R. Koontz (aunque luego, en no pocas ocasiones, achataran o degeneraron sus temas y sugerencias en sus trepidantes carreras de publicadores de libros, mientras Bradbury exploraba otros territorios o guardaba un silencio prudencial). Pero es, por encima de ello, una obra paradigmática de la contemporánea narrativa fantástica de terror, llena a su vez de referencias a sus antecedentes literarios más o menos inmediatos: baste citar, como ejemplo, la inclusión en ella de un clarísimo trasunto del protagonista principal del cuento de Herman Melville *The Lightning-Rod Man* (*El hombre del pararrayos*).

Por si hiciera falta alguna otra justificación para hablar de esta novela en estas páginas, recordaré que sus dos personajes principales, Jim Nightshade y Will Halloway, «rozan ya los catorce años, casi les tiemblan en las puntas de los dedos». En una semana de octubre *crecerán durante las noches* y ya nunca volverán a ser los jóvenes que fueron.

La relectura de esta obra, quince años después de su descubrimiento, me ha resultado muy reveladora de las operaciones creativas y transformadoras de la memoria y de la errática parcialidad de sus fijaciones.

Creo haber percibido ahora, mucho mejor que la primera vez, la manera en que Bradbury involucra toda la atmósfera de la novela en el curso ominoso de los acontecimientos. Es especialmente brillante la sucesión de premoniciones y avisos ambientales que mezclan la espera de la tormenta eléctrica —anunciada por el vendedor de

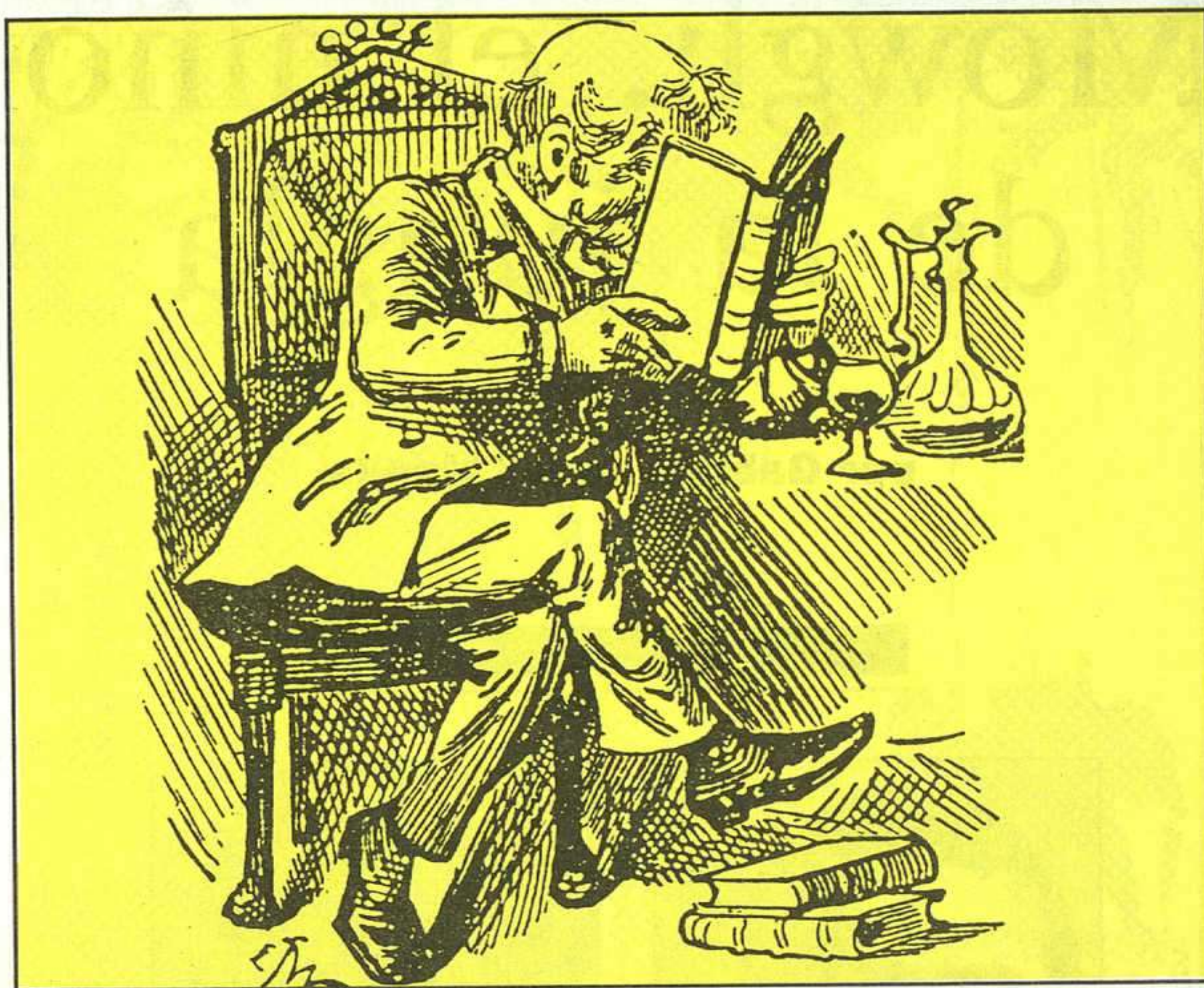


pararrayos—, con los primeros vestigios de la llegada de la Feria Tenebrosa de Cooger y Dark.

A diferencia del riesgo que se corre al releer a edad madura obras favoritas de la adolescencia, en este caso, con un lapso de edades 26-41, no he sufrido la menor decepción, sino más bien lo contrario. Bradbury es uno de los pocos autores inscritos en la ciencia-ficción anglosajona (aunque esta obra, como otras de las suyas, no pertenece al género), con voluntad y capacidad de estilo. *Something wicked this way comes* (título, por cierto, tomado de un verso de Shakespeare), sin descuidar su ritmo relampagueante y su buena progresión argumental, rebosa *escritura*. La obra está cuajada de imágenes verbales transmutadoras, toda ella vibra de metáforas que lo relacionan todo con todo, en una gran convergencia global que apenas deja espacios a episodios laterales o accesorios. Es un muestrario vivo de muchas de las cosas que sólo se pueden transmitir con el lenguaje literario. Todo esto lo he podido apreciar mucho mejor ahora.

Y he conocido, en la línea de lo esquematizado antes, cuáles habían sido las distintas respuestas de mi memoria en relación a la obra. Recordaba con casi total exactitud ciertos episodios, personajes, ambientes y elementos escenográficos (en estos últimos la obra es muy rica y, aunque incurre en un cierto amaneramiento histriónico o granguiñosco, lo hace siempre de forma medida y funcional y nunca cae, a diferencia de tantos otros textos en la órbita de la fantástica de terror, en una complacencia gratuita en lo macabro ni en el recurso a aparatosas y estridentes contundencias).

No todos los elementos recordados con precisión eran los más importantes de la obra, por misteriosas razones, había olvidado por completo algunas escenas capitales (el desenlace entre ellas), mientras que otras habían evolucionado en mis recuerdos hasta transformarse sustancialmente. El re-



descubrimiento de su forma verdadera ha constituido un placer extraño y emotivo: le he devuelto la integridad a un texto que se caracteriza, precisamente, por la sabiduría envolvente de todo lo que fluye en su transcurso.

Pero la mayor sorpresa ha consistido en descubrir que varias escenas que yo creía pertenecientes a la novela no figuran en ella en absoluto. Al darme cuenta, he recordado el auténtico origen de algunas. De otras no me ha sido posible porque no lo tienen, porque son fruto de las incorporaciones creativas de la memoria a una obra que le resultó especialmente motivadora.

Asimismo he apreciado ahora (en la primera lectura no fue posible, por obvias razones), la similitud de ciertos aspectos de la novela de Bradbury, publicada originalmente en 1962, con otra de escritura posterior y mundial resonancia.

He explicado que había olvidado por entero varias escenas importantes de la obra. En este grupo están com-

prendidas todas las que transcurren en la biblioteca (son de las más hermosas del texto). Y tampoco figuraba en el primer plano de mis recuerdos que la risa, la risa liberadora, es el auténtico desencadenante de la superación del Pandemonium de las Sombras, cúmulo de oscuridades y de miedos. Y el hallazgo liberador lo efectúa en primer lugar el padre de uno de los dos muchachos protagonistas, un bibliotecario, en la biblioteca. No hay aquí un libro envenenado, pero sí la misma tesis.

Así he descubierto, como el más inesperado de los hallazgos, la coincidencia anticipada de *Something wicked this way comes* con la tesis central de *El nombre de la rosa*. Los modos de Eco son muy distintos a los de Bradbury, tan distintos, si se quiere, como puedan serlo los de dos escritores de tradición y formación radicalmente diferente. Pero el paralelismo existe: tenemos aquí una más de las muchas coincidencias que ha poblado la historia de la literatura. ■